

ALFONSO CASO ANDRADE (1896-1970)

por ALBERTO RUZ LHULLIER

Al iniciarse en 1960 las actividades del entonces Seminario de Cultura Maya y publicarse el primer volumen de Estudios de Cultura Maya designamos como uno de nuestros Consejeros Honorarios, al doctor Alfonso Caso. No se trataba de un mayista, pero para nosotros era una forma simbólica de colocarnos bajo el amparo moral de quien marcó nuestro destino profesional, el que a su vez había de condicionar nuestra vida desde hace 34 años. Como estudiante de la primera generación de la Escuela Nacional de Antropología, a fines del año de 1938, tuve la suerte de realizar mi primera práctica de campo en Monte Albán, como ayudante de Alfonso Caso. Hasta ese momento no había aún decidido si orientaría mis estudios hacia la etnografía, la lingüística, la antropología física o la arqueología, después de un primer año de la carrera en que sólo se tomaban cursos generales sobre las distintas especialidades de la antropología. Las semanas transcurridas en Monte Albán, en la exploración de un pequeño complejo arquitectónico, a la vez ceremonial y funerario, al lado de Caso, fueron decisivas para mí: sería arqueólogo.

Durante dos temporadas más, lo acompañé como ayudante en las exploraciones de Monte Albán; después trabajé largos meses en la clasificación de la cerámica del mismo sitio, y en el análisis de códices mixtecos, también bajo sus órdenes. Terminados mis estudios, y comisionado para trabajar en el área maya, salí de su órbita e inicié mi trayectoria propia, pero fundamentalmente marcado por su influencia. Aunque poco me enseñara sobre la civilización maya a la que me he dedicado durante 30 años, mucho me enseñó sobre la labor y la misión del arqueólogo. Cultivé su amistad, aunque sin salir nunca completamente del nivel de discípulo: siempre había algo que aprender de él.

Creo haber aprendido mucho de Alfonso Caso. No sólo los conocimientos que transmitía en sus clases, conferencias, pláticas, libros

y artículos. Seguramente mucho más que las explicaciones técnicas que prodigaba a quienes trabajábamos con él en las exploraciones. Considero que Caso fue para mí mucho más que un maestro, teórico y práctico: fue el prototipo del científico, el ejemplo a seguir.

Me es difícil hacer resaltar entre sus cualidades, algunas en especial, ya que todas integraban un conjunto equilibrado, un sistema sólidamente construido y de funcionamiento impecable, en que participaban una brillante inteligencia, una lógica precisa, una fantástica memoria, una imaginación debidamente controlada (“dos peligros acechan al arqueólogo —solía decir—: no tener imaginación o tenerla desbordante”). A su extraordinaria lucidez intelectual ayudaba su recia disciplina de trabajo, su rigurosidad con su propio pensamiento, su profunda honestidad —intelectual y moral—, todo ello acicateado por una verdadera pasión científica.

Con su preparación profesional, sus dotes intelectuales, su labiosidad, su rectitud ética, tuvo una vida fecunda como pocas. Durante 25 años fue profesor universitario, enseñando al principio derecho y filosofía, y más tarde etnología y arqueología, cuando dejó los códigos por los códices prehispánicos. Durante los siguientes 25 años más o menos dio con toda regularidad sus conferencias —verdaderos cursos monográficos— sobre las distintas culturas mesoamericanas en el Colegio Nacional. También dirigió, durante unos 10 años, algunos de los máximos centros científicos y educacionales de México (Escuela Nacional Preparatoria, Museo Nacional, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Dirección General de Enseñanza Superior e Investigación Científica, Universidad Nacional Autónoma de México).

Durante doce años tuvo a su cargo la dirección de las exploraciones arqueológicas en Monte Albán, pero sus investigaciones sobre el México prehispánico no se limitaron al trabajo de campo. En forma infatigable se dedicó al estudio de los códices, mixtecos principalmente, habiendo logrado virtualmente leerlos, es decir interpretar su contenido histórico. Una de sus aportaciones más trascendentales al conocimiento de las culturas de Oaxaca fue indudablemente esta investigación. También de gran trascendencia fueron los resultados que obtuvo de sus exploraciones en Monte Albán, estableciendo una secuencia cerámica precisa, relacionada con secuencias paralelas en otras culturas. El descubrimiento y la exploración de la Tumba 7 fue uno de los grandes momentos de su vida profesional. El estuendo tesoro hallado en la sepultura, comprendiendo maravillosas joyas de oro, plata, cobre, cristal de roca, obsidiana, jade, turquesa,

y otros objetos de gran valor artístico, histórico y cultural, no ha tenido equivalente en ninguna parte de la América precolombina.

En su bibliografía, cerca de 150 títulos versan sobre las antiguas civilizaciones de México: zapoteca, mixteca, azteca, xochicalquense, arcaica del centro de México, maya, teotihuacana, tolteca, tarasca, matlatzínca, totonaca, huasteca, olmeca. Los temas que toca, generalmente en profundos análisis, abarcan no sólo el material que proporcionan las exploraciones arqueológicas (arquitectura, escultura, cerámica, pintura, orfebrería, lapidaria), sino también la escritura, el calendario, el arte, la religión. Lo mismo dedicaba un estudio a un jeroglífico zapoteca, a una figurilla maya, a un mural teotihuacano, que a temas generales, como la religión azteca, el arte prehispánico de México, el origen del hombre y la cultura de América, la contribución de las culturas indígenas de México a la cultura mundial.

Referimos ya su dedicación particular de numerosos años al desciframiento de los códices mixtecos, pero también estudió los jeroglíficos de Tenayuca y Teotihuacán; las estelas zapotecas; los calendarios azteca, tarasco, matlatzínca, mixe; los códices de Azoyú, Gómez de Orozco, Baranda, un códice otomí; los mapas de Popotla, Tezoacoalco, Xochitepec, Santo Tomás Ocotepec; los lienzos de Tototepec, Ihuitlán, Antonio de León, Vischer II, Filadelfia; los nombres calendáricos de los dioses, y muchos documentos más. Como obras de síntesis, nos ha dejado principalmente Las Estelas Zapotecas, El Pueblo del Sol, Las Urnas de Oaxaca (con Bernal), La Cerámica de Monte Albán (con Bernal y Acosta), Los Calendarios Prehispánicos, El Tesoro de Monte Albán.

Entre las injustas acusaciones que seres mediocres le prodigaron, recordamos, por su dedicación a la arqueología, aquella de que "a Caso sólo le interesa el indio muerto". Desmintiendo tal afirmación, dedicó al indio vivo, con la misma constancia y entrega que hacía las manifestaciones arqueológicas de la cultura del indio prehispánico, los últimos 22 años de su existencia como fundador y director del Instituto Nacional Indigenista. Su labor en este cargo no era tan científica, aunque procuraba conocer a través de los estudios de especialistas —antropólogos principalmente— las condiciones de vida de los grupos indígenas entre los cuales el Instituto proyectaba actuar. Además, no se limitó a la planeación, ejecución y administración de obras múltiples en las comunidades indígenas, sino que procuró precisar el significado de lo que se considera indio y del indio mismo.

Escribió sobre temas que hasta entonces le eran ajenos; densidad

de la población indígena en México, artes populares, estrategia y fines de la labor indigenista, política indigenista.

Supo nuevamente de limitaciones presupuestarias y de intrigas políticas. En su afán por defender los intereses vitales del indio vivo, tropezó con los intereses innobles de industriales y comerciantes ladinos, casi siempre coludidos con los caciques menores y mayores. Tuvo que luchar contra las empresas madereras que explotan a los tarahumaras, contra los fabricantes de alcohol que envenenan a los tzotziles y tzeltales, para explotarlos mejor, contra alguno que otro gobernador de Estado, de estos que consideran a la patria como botín a saquear.

Antes, había sido durante dos años Secretario de Bienes Nacionales e Inspección Administrativa. Dura experiencia debió ser para el doctor Alfonso Caso, el desempeño de un cargo que había sido creado —aparentemente— para imponer la honradez en los más altos niveles de la administración oficial.

La figura íntegra de Caso, en tal puesto, debía avalar la probidad del régimen. Una de las características de este régimen fue precisamente lo opuesto: la corrupción administrativa, el despilfarro de los recursos presupuestarios, la cínica desfachatez en el indebido manejo de los fondos del Estado. En tal ambiente, el doctor Caso no cabía, y se negó a seguir sirviendo de pantalla: enfermo, renunció.

Numerosas instituciones, nacionales y extranjeras reconocieron la gran valía de Alfonso Caso. Era Doctor *honoris causa* de la Universidad Nacional Autónoma de México (en la que había obtenido la Licenciatura en Derecho y la Maestría en Filosofía, en 1920), de las Universidades de Morelia, Mérida, Nuevo México y California; miembro de honor de la Société des Américanistes de Paris y del Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland, de la Academy of Sciences de New York, de la American Academy of Arts and Sciences de Boston, de la Washington Academy of Sciences, del Archaeological Institute of America; socio de la Sociedad Folklórica de México; académico correspondiente de la Academia Nacional de Artes y Leyes de Cuba; Miembro Correspondiente de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, de la Academia Nacional de Ciencias "Antonio Alzate", de la Société Suisse des Américanistes, de la Academia Panameña de la Historia; socio fundador de la Sociedad Mexicana de Antropología; miembro de la American Philosophical Society, de la Academia del Mundo Latino, de la British Academy, y de otras sociedades científicas.

Varias naciones e instituciones le confirieron condecoraciones y distinciones: la Medalla de la Reconnaissance Française; la Legión de Honor, de Francia, en grado de oficial; la Estrella Polar, de Suecia, en grado de Comendador; la Orden Nacional de Mérito "Manuel de Céspedes", de Cuba, en grado de Comendador; la Medalla del Senado de la República Francesa; la Medalla y Premio Viking Fund de la Wenner-Gren Foundation; el Premio de Ciencias "Manuel Ávila Camacho", la Medalla "Oaxaca"; el Premio Nacional de Ciencias y Artes; medalla del XXXVII Congreso Internacional de Americanistas, en Buenos Aires; medalla de oro en el VI Congreso Indigenista Interamericano, en Pátzcuaro. Dos semanas antes de su muerte, muy enfermo ya, recibió el "Premio Fray Bernardino de Sahagún" en Antropología, otorgado por el Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Hasta sus últimos días siguió estudiando, trabajando, luchando, proyectando nuevas investigaciones, el cerebro lúcido, aunque el cuerpo herido mortalmente, dando un postrer ejemplo de su fuerza espiritual, de su carácter recio, de su entrega a la labor científica, de su profunda conciencia de que el trabajo intenso, sólo interrumpido por la muerte, es la misión del hombre, y que la búsqueda de la verdad, es la misión del sabio, por encima de todas consideraciones y circunstancias.



Alfonso Caso Andrade.